

Ópera en Inglaterra

por Eduardo Benarroch



Gwyn Hughes Jones (Radamès) y Latoria Moore (Aida)
Foto: Tristram Kenton

Aida en Londres

Octubre 6. La English National Opera se encuentra en dificultades económicas debido a la falta de apoyo de sucesivos gobiernos. Sus temporadas, que contenían hasta veintidós títulos, se han reducido a ocho, y aun así ha producido espectáculos excelentes de primera calidad. Ojalá se pudiera decir lo mismo de esta *Aida* que abrió la temporada.

La nueva producción de **Phelim McDermott** ubica la acción en un Egipto de fantasía, una mezcla infantil de historieta / caricatura. Para triunfar con una propuesta así hay que hacerla muy bien, pero el vestuario de **Stewart Laing** se encargó del fracaso perfectamente. Los cantantes (en particular Amneris) deberían haber rehusado y alguna persona en *management* podría haber sugerido algo diferente. Un teatro en estas condiciones no debería correr estos riesgos y los asientos vacíos dieron de por sí el veredicto de un público que suele ser muy tolerante.

McDermott no mueve a los cantantes con el sentido teatral de un director de teatro. Siendo el fundador de la “Compañía Improbable”, es cada vez más obvio que directores de teatro no entienden el género operístico que requiere reglas diferentes. Un grupo de acróbatas bajo el nombre de *Skills Ensemble* tomó a su cargo el ballet del segundo acto, que se desintegró dramáticamente porque McDermott sugiere que es un homenaje a los muertos en la guerra contra los etíopes, quitándole todo su *grandeur*. *Aida* es una ópera íntima con momentos públicos espectaculares y, si éstos se reducen, la obra se desequilibra.

Sin embargo, el elenco estuvo muy por encima de la producción, en particular la excelente Aida de la americana **Latoria Moore**, que pudo con todo el registro sin problema alguno, y además fue una buena actriz. A su lado **Rhys Hughes Jones** cantó en buena forma. No es buen actor, pero su voz es segura y con buena técnica, lo que le permitió terminar su ‘Celeste Aida’ con un largo *pianissimo*. No se puede decir lo mismo de **Michaele DeYoung**, cuya voz fue audible sólo en el registro agudo. Para una Amneris, no poseer registro bajo audible es un *minus* enorme, además de que su vestimenta provocó risas.

Musa Ngqungwana dio relieve a Amonasro, un guerrero feroz aun en la jaula que contenía a los pocos prisioneros, con voz pareja y atractiva. **Matthew Best** fue un severo Rey, con voz expresiva, y **Robert Winslade Anderson** exhibió una bellísima voz como Ramfis. Pero si el elenco fue bueno, hubo una cantante que habrá que observar: **Eleanor Dennis** como la Sacerdotisa. No se va a ver *Aida* para escuchar este rol, pero en este caso fue un punto de referencia: mejor no se ha escuchado. Debe también indicarse que se usó una traducción al inglés rítmicamente incorrecta.

Keri Lynn Wilson dirigió con tiempos ágiles, pero en las secciones con bronces su *heavy downbeat* obtuvo sonidos pastosos e incoloros de una sección que necesitaba mucho más control.

La bohème en Londres

Septiembre 29. El inicio de la nueva temporada de Covent Garden destacó una nueva producción que reemplazaba la muy querida producción de **John Copley** que estaba en repertorio desde 1974 y que había sido vista casi todos los años. **Richard Jones** basa su esfuerzo en los decorados de **Stewart Laing**, que son fríos e incongruentes. El primer acto ofrece un ático con una ventana en el techo permanentemente abierta. ¡Con razón estos bohemios se mueren de frío!

Lo más espectacular es el segundo acto, donde se ven galerías lujosas llenas de negocios, pero los decorados son movidos a mano... ¿en el siglo XXI? El Café Momus era demasiado lujoso para recibir a estos bohemios. Además, quienes conozcan la zona de Saint Germain-de-Prés sabrán que era mucho más modesto, así que está fuera de contexto. Hay muchas fallas de *régie* en esta producción, que sigue la línea de producciones que son bonitas pero vacías, que lucen bien cuando son filmadas pero mal en el teatro donde deben ser vistas.



Michael Fabiano (Rodolfo) y Nicole Car (Mimi)
Foto: Catherine Ashmore

Al público del Covent Garden, que pagó más de 300 dolares por entrada no le importaba, y como lo han alimentado con este tipo de producciones por tanto tiempo, aplaude cualquier cosa. Una pena. Ésta es una producción que recibió muchos cantantes de categoría y un elenco poco distinguido no hizo olvidar a sus muy distinguidos predecesores. Otro punto flaco de este teatro: los elencos son cada vez peores.

Nicole Car no es una mala cantante, pero Mimì en este teatro le queda grande, la voz no posee mucha expresión y su fraseo no es más que correcto. **Michael Fabiano** tampoco convenció con un Rodolfo cantado de *mezzo forte* a *forte* todo el tiempo y con un fraseo deficiente y nada elegante. **Mariusz Kwiecień** es un buen cantante que se encontró con un rol, Marcello, que no le calza bien a su voz.

Por su parte, la Musetta de **Simona Mihai** fue casi inaudible: su voz no sólo es pequeña, sino de *soubrette*. **Luca Titotto** fue un Colline sombrío, **Gyula Nagy** un Schaunard descolorido y el siempre eficiente **Jeremy White** creó una divertida caricatura como Benoît.

Si no se sabe qué hacer con una obra como ésta, es mejor dejarla tranquila y conservar la anterior y ahorrarse el dinero. De todo este farrago que debe haber costado un dineral, sólo se puede destacar la brillante y siempre interesante lectura de **Antonio Pappano**, cuya orquesta sonó magnífica, con sonido bello, claro y con fraseo elegante de una partitura que pocas veces suena así. Un triunfo musical pero no escénico.

Rodelinda en Londres

Noviembre 9. Como para confundir a los escépticos, la English National Opera ha mostrado garra con una producción magnífica de una obra de Händel, su mejor especialidad. Hace tiempo que la ENO produce el mejor Händel en el reino, y en este caso fue realidad. Problemas económicos no tuvieron efecto en este espectáculo de gran nivel. La producción de **Richard Jones** (en coproducción con el Teatro Bolshoi) ubica la acción en una Italia fascista. Los decorados de **Jeremy Herbert** usan habitaciones superpuestas donde cada acción es independiente, visualmente atractiva y siempre interesante dramáticamente.

Rodelinda es una opera larga, pero la acción siempre mantuvo el interés del público. Händel es considerado como un compositor inglés, y eso es cierto, habiéndose naturalizado por acta del Parlamento y fue nada menos que Rey Jorge I quien lo propuso. Y fue en Inglaterra donde vivió mas tiempo. La trama es complicada, pero todo gira alrededor de Rodelinda. ¿Sucumbirá a los avances del ambicioso Grimoaldo? Su esposo Bertarido (depuesto por Grimoaldo y aparentemente muerto) piensa que lo ha hecho, pero es Unulfo quien ha permanecido fiel quien le muestra que su esposa sigue siendo fiel. El triunfo de la virtud era un tema favorito de la Inglaterra del siglo XVIII.

Jones mueve a sus cantantes como actores y al hacerlo el drama se incrementa, se vuelve mucho más intenso y dramático. Para lograr este efecto se contó con un elenco estupendo: **Rebecca Evans** fue la sufriente pero rebelde e inteligente Rodelinda. Su canto revelaba una voz bella, con buen estilo y dominio técnico. **Tim Mead** cantó



Rebecca Evans (Rodelinda), Tim Mead (Bertarido) y Juan Sancho (Grimoaldo)
Foto: Jane Hobson

el confuso y desconfiado Bertarido, que deseaba nada más que vivir con su esposa e hijo. Su voz de contratenor es de gran expresión y control: un cantante excepcional. El catalán **Juan Sancho** fue el tirano Grimoaldo, infatuado con Rodelinda, pero para ser un buen tirano le faltaba el último toque de crueldad y por eso caía al final. Pero el villano más grande de todos era Garibaldo, que traicionaba a cada uno de los personajes. **Neal Davies** debe haber disfrutado mucho de esta creación, cantando con todos los recursos villanesco a su disposición, y cuando moría al final el público estaba muy contento.

Susan Bickley era un baluarte moral como Eduige, la hermana de Bertarido, y **Christopher Lowrey** fue el fiel Unulfo, siempre en peligro de ser descubierto. Cabe mencionar al joven actor **Matt Casey**, quien hizo de Flavio (hijo de Bertarido y Rodelinda), un rol importante aunque no hubiera cantado una sola nota. **Christian Curnyn** dirigió con su acostumbrada maestría un espectáculo que hubiera brillado en los mejores teatros del mundo.

Les vêpres siciliennes en Londres

Octubre 17. La reposición de la ya excelente producción del noruego **Stefan Herheim** que data de 2013 fue un evento muy esperado que cumplió con las expectativas. La complicada producción comienza durante la obertura, algo peligroso pero que en este caso favorece la comprensión de la trama.

Por una parte se ve un grupo de bailarinas en sus polleritas *tutu* en blanco inmaculado que representan la pureza de las mujeres de Sicilia que son violadas (al menos una de ellas) por los franceses, en este caso Guy de Monfort. Procida también aparece sentado en una silla en esa misma habitación/espacio. Poco más tarde entra Monfort, quien selecciona una de las bailarinas y la viola. La acción tiene lugar dentro de unos decorados fastuosos de **Philipp Fürhofer** que describen un teatro como el Palais Garnier dentro del cual el pueblo siciliano actúa y es visto por un público consistente de tropas de ocupación francesas.

Herheim propone una confrontación gradual, que se desata por las acciones de las tropas francesas, pero aún más por la determinación de Procida. Aquí dibujado como un hombre cegado por sus convicciones, un hombre frío, calculador, cruel. Dentro de este marco padre/hijo, novia/ conflicto de lealtades, Verdi logra un drama de proporciones, casi como una *Aida* donde triunfa Amonasro. Dos roles dominaron la acción: **Michael Volle** como un Monfort vigoroso, amenazante, con dos caras, una dura como gobernador y la otra benigna como padre, algo en este caso irreconciliable. Su gran escena del segundo acto, cuando revela a Henri que es su padre, fue el centro nervioso y dramático de la obra. Volle exhibió una dicción francesa impecable, buen fraseo y total dominio de su parte.

Por su parte, **Erwin Schrott** creó uno de los personajes más fascinantes de su carrera. Un hombre de pocas expresiones que se movía como un fantasma, que calculaba cada movimiento



Erwin Schrott como Jean Procida en *Les vêpres siciliennes*
Foto: Bill Cooper

al milímetro y que al final desataba una masacre de franceses y de sicilianos. Vocalmente tendía a forzar el registro agudo, mientras que el registro bajo (su fuerte) perdía fuerza. También brilló el excelente Henri de **Bryan Hymel**, un hombre que había encontrado su destino para perderlo de pronto ante la revelación de su padre. Hymel descolló vocalmente, usando el registro superagudo con notas de cabeza que se integraron bien al resto. Una labor encomiable.

Malin Byström fue la elegante, noble Hèlène, segura de voz pero un poco corta de expresión. Dentro de este espectáculo detallado al máximo, con *Personenregie* de primera categoría se redescubrió a un Verdi diferente, más volcado hacia la *grand opera*, pero siempre medido y concentrado en el drama. El final, que dura pocos compases, es una muestra de síntesis dramática. Muy bien, el coro y excelente, la orquesta en manos de un director que supo siempre controlar el fraseo, el volumen, la belleza de la música y el carácter de la obra: **Maurizio Benini** cumplió con todos esos severos requisitos. ●